

sino porque creo verle tal cual es, quiero decir, sin escrúpulo de ninguna especie, sin opinion y consultando solo su interes personal. Pienso que un papa de este temple hubiera podido convenir á las dos coronas. Pero á qué cansarnos en reflexiones inútiles de todo punto, á ménos que Azpuru, por sí mismo, lo que no es verosímil, se resuelva á hacer algunos cambios en la lista. Me guardaré muy bien de proponérselo. No dejaria de hacerme, en el instante, responsable de ello.”

Un papa sin escrúpulo, sin opinion de ninguna especie y que no consulte mas que á su interes, hé aqui lo que D' Aubeterre, calumniando al cardenal de Rossi, pedia á los cardenales enemigos de la Compañía de Jesus. A unos reyes, tales como los que entónces vejetaban sobre el trono, ejerciendo, segun dice Tácito (1), el poder soberano con alma de esclavos, y á unos ministros, tales como Choiseul, Aranda, Pombal, Roda Moñino, Campomanes y Tanucci, admiradores todos por cálculo ó por ligereza de la secta enciclopedista, un vicario de Jesucristo vaciado en ese molde les hubiera indudablemente convenido. Pero los cardenales que mediaban en la intriga, jamas se hubieran atrevido á cubrir su púrpura con tan indeleble mancha. Era una alusion tan solo; un sueño dorado de los sofistas, y el mismo D' Aubeterre conoció que era preciso renunciar á las sombras para colocarse en la realidad de las cosas. Un papa filósofo era una anomalía imposible; y el embajador de Francia vuelve á recaer en su idea fija de la simonía. El mismo dia 25 de Abril propone á Bernis su teoría de corrupcion y soborno, bajo otro punto de vista.

“Aunque ya estemos fuera de la cuestion, le escribe, de promesa particular respecto á la destruccion de los Jesuitas, idea que, puesto que vuestra eminencia la repugna, he abandonado completamente; creo, sin embargo, que debo mandarle copia del parecer de uno de los teólogos mas célebres de esta ciudad, no para convencer á vuestra eminencia, pues sé bien, por la manera con que se ha explicado, que nunca llegaria á conseguirlo, sino al ménos, para hacerle ver que mi opinion no es tan irracional, y que hay verdaderos teólogos que la apoyan.”

Al dia siguiente Bernis le contestó: “La memoria teológica que me habeis enviado se funda toda ella en este principio: “Es incontestable que la destruccion de los Jesuitas es el mayor bien que puede hacerse á la religion. Este principio, en las actuales circunstancias, puede ser verdadero; pero es falso para la mitad del clero por lo ménos para un gran número de cardenales, de obispos y de personas de todos paises y estados. Por lo tanto, el decantado

(1) Tácito, *Histor.* lib. V, cap. 9.

principio fundamental es una suposicion nada mas y no un principio.”

A estas razones tan concluyentes, repone D' Aubeterre el 27 de Abril: “Convengo con vuestra eminencia que el dictámen teológico reposa todo entero sobre el principio de que la extincion de los Jesuitas es un gran bien para la religion, y este es también el fundamento de mi opinion. Convengo igualmente en que muchos no son de ese parecer; pero ahora pregunto á vuestra eminencia, ¿dónde se encuentra la unanimidad? ¿No es preciso separar lo que proviene de espíritu de partido, de lo que es hijo de un espíritu de razon?”

El espíritu de razon y la teología natural invocadas por D' Aubeterre, eran para los ministros de la familia de Borbon la simonía organizada, y la corrupcion introducida en el cónclave, bajo el manto de la filofia diplomática. Bernis en una memoria con fecha 12 de Abril, dirigida al duque de Choiseul, habia dicho: “Exigir del papa futuro la promesa por escrito ó delante de testigos de la destruccion de los Jesuitas, seria exponer visiblemente el honor de las coronas por una violacion de todas las reglas canónicas. Si un cardenal fuese capaz de acceder á un trato semejante, se le deberia creer mas capaz aun de faltar á él. Un sacerdote, un obispo instruido, ni pueden aceptar ni proponer condiciones de esa especie.” Los reyes, el de España sobre todo, tendian á violentar la conciencia de la Iglesia. El 3 de Mayo, Bernis escribia: “Hoy me han dicho que los cardenales españoles están en el principio de que la medida adoptada por el rey de España, fuese mala ó buena, recaeria solamente sobre su conciencia. Lo que es en Francia, creemos que en esta clase de asuntos toca, diré mejor, están obligados los obispos á ilustrar á los reyes sobre las reglas canónicas.”

D' Aubeterre no era de este parecer, que heria á sus intereses. El 4 de Mayo se atrinchera detras de su razon individual, y escribe: “Si yo fuese obispo, no creeria tan absolutamente que los reyes tuviesen necesidad de ser ilustrados en una materia sobre la cual no reconozco mas juez que la recta razon.” Apenas habian transcurrido dos dias, cuando el ministro presentó nuevos argumentos al cardenal: “La simonía y la confidencia, le dice, no son privativas de estado alguno en particular; pero en todos cesan cuando habla la recta razon. ¿Hay acaso, ni puede haber una disposicion de la Iglesia que impida el que se haga el bien?”

Con el fin de venir desde Alby á Roma á representar á la Francia en este cónclave, y de ponerse á las órdenes de los enemigos de la religion, Bernis ya tenia recibidas del gobierno ciento treinta mil libras (1); tenia ademas la promesa de la embajada vitalicia cerca

(1) Tenemos en nuestro poder y á la vista todos los papeles del cardenal, y

de la Santa Sede, y todo esto no es aun bastante á sus ojos para recompensarle del servicio que presta á la incredulidad dominante. El cardenal se encargó de intrigar contra la Compañía de Jesus; pero este complot, del cual era el jefe nominal, no le impide pensar detenidamente en los detalles de sus propios negocios. Su mision en el Vaticano era la de conquistar votos por captacion ó por amenazas; Bernis se lanza en este camino que él mismo ha hecho practicable. Pudiera hasta creerse que queria dar la razon á Roda en lo que éste dice del cardenal, en carta de 9 de Mayo, escrita á Azara: "No hay precision de fiarse del famoso Bernis, que está en el secreto. Es un negociador y un intrigante de primera tijera: así es como ha hecho su fortuna. Si se une á Juan Francisco Albani, los dos harán el papa que les dé la gana." El 28 de Abril el cardenal frances se atreve, por decirlo así, á proponer el toma y daca: "Nada tiene de injusta ni de irrazonable mi demanda, escribe á D' Aubeterre, y por lo mismo creo que será atendida. Tan solo pido una garantía para mis deudas, punto que toca á mi honor. Si á esto se accede, sígo aquí; de no, me vuelvo gustoso á cuidar de mis ovejas."

Las ovejas del cardenal eran los fieles de la diócesis de Alby, y hablaba de esto, tanto mas seguro, cuanto que en el dia anterior, 27

hasta sus pasaportes franceses (*), sardo y milanés para concurrir al cónclave, hasta las mismas minutas de sus despachos mas secretos, y así reproducirémos la carta que el banquero Laborde le dirigió desde Paris el 15 de Febrero de 1769: "Monseñor, le dice, ignoro las disposiciones que se tomarán aquí para ponerlos en estado de partir para Roma; pero previendo el compromiso en que vuestra eminencia pudiera encontrarse, le remito dos letras de cambio, la una de treinta mil libras sobre Turin, y la otra de cien mil sobre Roma. Ruego á vuestra eminencia me diga si le basta con esto. Aprovecho el correo de M. el duque de Choiseul para hacerlos este homenaje, así como el del profundo respeto, con el cual &c."

Paréceme que el cardenal encontró un banquero que se portaba mas á lo rey que el mismo Luis XV, pues apenas llegó á Lyon el 4 de Marzo, transmitió al duque de Choiseul la reclamacion siguiente: "M. de Laborde, al mandarme letras de cambio sobre Turin y Roma, me dice, que ignorando cuáles sean las disposiciones de la corte respecto á mi viaje, y no queriendo verme desprevenido, me envia letras de giro. Me hareis el honor de remitirme esas mismas letras abiertas, diciéndome que son para cubrir mis necesidades, pues es necesario que yo sepa si es el rey quien tiene la bondad de abonar los ruinosos gastos de un viaje hecho de su orden y para su servicio, ó es una nueva obligacion la que yo contraigo con M. de Laborde. En el primer caso, debo dar las mas respetuosas acciones de gracias á S. M. por haber querido darme los medios de llenar sus miras. La apuntacion adjunta de mis deudas, que os ruego paseis por la vista, le probará lo necesario que me es ese socorro en estas circunstancias."

(*) En el fac-simil tercero puede ver el lector el pasaporte frances indicado en esta nota, expedido por la secretaria de Estado en 1.º de Marzo de 1769; á favor del cardenal de Bernis para su viaje á Roma, y revestido de todas las formalidades consiguientes á semejantes documentos. (N. del T.)

de Abril, el marqués D' Aubeterre le habia escrito respecto á la embajada de Roma tan codiciada de Bernis, lo siguiente: "El secreto que me ha confiado vuestra eminencia no saldrá de mi pecho; pero debo prevenirle que ya hace muchos dias que se habla de eso. Este pais es admirable. Hay en él una cantidad inmensa de especuladores ociosos que todo lo inquieren y todo lo adivinan. La plaza de Roma conviene por todos estilos á vuestra eminencia, que no merece quedar olvidado en una diócesis mientras que pueda prestar grandes servicios en otra parte. La vida que aquí se lleva es tranquila, y creo que el clima no debe ser sino muy bueno, para los achaques que vuestra eminencia padece. No me toca dar consejos; pero creo no podeis hacer cosa mejor que prestaros á los designios que se conciban respecto á vuestra persona. Esta encontrará en todas partes el *otium cum dignitati*, pero en ninguna tan realmente como en Roma."

En aquellos tiempos se aprovechaban, para engañarse mutuamente, estas gracias del estilo verdaderamente frances. Bernis no tenia mas que una inquietud; sus deudas, cuya suma total especificada antes de partir para Roma, habia hecho pasar á manos de Luis XV, la cual ascendia á doscientas mil libras tornesas, y no fué esta la última peticion que dató desde el Vaticano.

Continuando en seguida su billete de este dia (28 de Abril) discute Bernis el negocio de los Jesuitas con una imparcialidad teológica, que en nada cede á la delicadeza y desinterés de los sentimientos que acababa de ostentar: "No es del caso, añade, examinar aquí, si en el estado actual de cosas hay necesidad de suprimir un orden peligroso cuando ménos, si es que no es culpable. Toda persona desapasionada debe pensarlo, y yo lo pienso mucho. Pero lo que aquí se trata, es, de saber si para llegar á ese resultado, los obispos pueden obrar contra las reglas de la Iglesia. Pero ¿á qué cansarnos, si entre nosotros esta disputa es el cuento de nunca acabar? Nosotros no serémos bastante fuertes para hacer un papa á nuestra eleccion. Es preciso tener fe, para estar seguros que el cardenal Ganganelli está á nuestro favor. Este hombre se envuelve en misterios que no comprende la razon."

A pesar de todo, nada se adelantaba. D' Aubeterre y Azpuru por la parte de afuera, Bernis y Orsini por dentro, acumulaban promesas sobre promesas para captar algunos votos. El cardenal de Luynes, quien en su correspondencia exclusivamente gastronómica, no se metia en nada, se dejó por fin arrastrar de la fiebre de la intriga, y saliendo del papel pasivo que se le habia trazado, se unió á los demas para dar un nuevo asalto á la Compañía de Jesus. Buscaron con afán, en los diversos colegios de prelatura romana, caracteres maleables ó susceptibles de dejarse corromper. Logrando atraerles á su causa, confiaban decidir á los cardenales honrados,

pero irresolutos, á doblar su cerviz bajo el yugo de un terrorismo organizado.

La mayor parte de los prelados originarios del territorio eclesiástico, y á quien designaron con el nombre de *Statistas*, resistieron á cuantas seducciones les rodeaban. No sucedió lo mismo con los que de todos los ángulos del mundo y principalmente de Italia, venían á Roma á buscar fortuna. Para algunos de estos últimos, la carrera clerical es una profesion como otra cualquiera, en la que se puede entrar sin vocacion determinada, y cuando llegan á poner el pié en el primer escalon, aspiran á subirlos todos lo mas rápidamente posible. Hábiles en disimular su ambicion, concentrados en el solo pensamiento de apartar los obstáculos, marchan, se cruzan, obran al traves de mil imperceptibles rodeos, hasta conseguir el objeto que se proponen. Los desaires y desengaños jamas entibian su perseverancia. No se atreven con el que manda; pero no son los últimos hasta aparentar temeridad con el poder caido. Estas gentes son, han sido, y serán siempre la última piedra que se arroja al árbol que está por tierra. El bien y el mal, la religion y la política, un exterior piadoso, ó una vida mundana, el arte de adular á los que están en boga, y de irse apartando de los protectores cuyo crédito comienza á decaer, el reconocimiento y la ingratitud, la franqueza y doblez, todo es para ellos medio admisible, y no se ocupan de los demas sino para hacerles servir al triunfo de su egoismo.

El número de éstos indudablemente será siempre en Roma el menor, y la excepcion de la regla general, la que obrará de esta suerte. Pero esta pequeña fraccion es la que recorre los salones, la que se insinúa con las mugeres, la que se constituye en corredor de la diplomacia, que asedia las antecámaras del palacio papal, que se hace comensal de los sirvientes de todos los cardenales, y que apareciendo en todas las avenidas, concluye por interceptar todos los pasos. Esta influencia deleterea mas de una vez se ha hecho sensible en Roma. Cuando los enemigos de la Iglesia son audaces, y el soberano pontífice teme comprometer una lucha de la que debe salir victoriosa la cátedra apostólica, llegan dias, en los que no se habla en la ciudad de Inocencio III, de Gregorio VII y Sixto V, sino de sacrificios en bien de la paz. La ambicion individual se agita; ondea por cima de todas las cabezas el pabellon del miedo; y se tiembla ante las cautelosas amenazas de un embajador extranjero, lo mismo que ante los parlamentarios rencores de un antiguo jansenista de aldea.

D' Aubeterre y Azpuru, quien escribia poco á fin de conservar su libertad de accion, no ocultaban sus siniestros proyectos contra la independencia de la Iglesia. En las filas del episcopado encontraron monseñores que les secundasen. El sistema de concesiones á las coronas daba ya fruto. Los papas predecesores de Clemente

XIII no habian creido poder ó deber sostener la supremacia de la autoridad moral que tantas veces habia servido para la felicidad de los pueblos. Por un sentimiento mal entendido de paz y de caridad con los monarcas, se habia visto á estos pontífices desnudarse poco á poco de las prerogativas de la Santa Sede. Sacrificaron sus derechos á una vana apariencia de concordia, y de protectores que habian sido hasta entónces, descendieron al rango de protegidos. Es verdad que los príncipes aun les reconocian como su guia espiritual, pero al mismo tiempo batian en brecha el poder supremo de las llaves, no restándole mas que esa especie de respeto sin consecuencia; que los niños, cuando llegan á ser adultos, conservan hácia la vejez decrepita de sus abuelos.

Roma se habia voluntariamente suicidado; los escándalos de este cónclave la revelaban la inmensidad del mal; pero el principio de las concesiones estaba ya arraigado. En todas las esferas de la gerarquía eclesiástica se encontraban hombres, que le adoptaban como la última tabla de salvacion que le quedaba á la Iglesia en el naufragio. El interes particular debilitaba el valor y acababa con la adhesion. Aun á lo ojos mismos de algunos cardenales y prelados, se tenia por fanático al que únicamente repugnaba que se inmolasen sobre el altar de la filosofia los derechos de la verdad. No habia en Roma ni la audacia del deber, ni la resignacion del martirio. Se acataban las leyes que pretendian dictar las coronas, porque estas mismas leyes, fatales á la Santa Sede, permitian al egoismo desarrollarse mas cómodamente, poniéndose al servicio de los agentes diplomáticos. Estos agentes hablaban siempre de revolucion inminente, y encontraban almas tímidas ó culpables que daban importancia á semejantes amenazas, porque regularmente el temor de un mal futuro es el que arrastra á los débiles á cometer injusticias presentes.

Los jansenistas, aunque pocos, eran muchos por su destreza, y así como todas las sectas, se atribuian los honores de la persecucion, para llegar mas pronto á perseguir. Negaban siempre su existencia en Roma como en el resto del mundo, para adormecer á los celosos y no despetar á los incautos. Del fruto de estas hipocresias que cada partido, y que la revolucion sobre todo, tienen placer en renovar, ya bajo el manto político, ya bajo la forma religiosa, nacia un principio disolvente, cuyas tendencias nadie disimulaba; D' Aubeterre y Azpuru comprendian admirablemente esta posicion en juego contra los Jesuitas. La extincion del instituto, sancionada por un soberano pontífice, era la consagracion mas solemne que pudiera concederse á la doctrina de los novadores del siglo XVIII. Ya no se perseguia en los hijos de Loyola á los enemigos de la impiedad ó de regicidio sistemático; el golpe se dirigia á mayor altura. Los Jesuitas estaban proscriptos en todos los reinos, y ya lo que se queria era rebajar

la cátedra apostólica hasta el mas vergonzoso tráfico, aislándola del mundo cristiano, despues de haber dado á todos los fieles el espectáculo de su degradacion.

Este plan, por el que trabajaron quizá á su pesar ciertos hombres, cuya conciencia hasta entónces habia sido pura, este mismo iba á ser ensayado. La Compañía de Jesus era la presa que se disputaban los enemigos de la Iglesia. Con el fin de ver renacer la edad de oro del catolicismo, no faltaba mas que hacer sino quebrar el último lazo que ligaba la existencia de los Jesuitas. Las coronas exigian este sacrificio, y para obtenerle se intentaba envilecer para el presente y para el porvenir la tiara que todos ellos prometian ensalzar despues, por un sentimiento de unánime reconocimiento. Roda, sin embargo, en la intimidad de su correspondencia, deja traspasar el pensamiento que agita á todas esas almas de sofistas, ya compradores, ya vendidos. El querria mejor, dice, un papa cuya resistencia á nada obligase, y he aquí los motivos que alega de esta preferencia; motivos que deben ser objeto de una grave leccion para la Santa Sede. “De nuestro gobierno depende, así se explica, el sosten de la regalia y el saber burlarse de Roma, pues aun está por decidir el problema, si para conseguir ese fin valdria mejor tener un papa contrario y fanático, que otro amigo, propicio y conciliador; porque en ese caso, aunque no fuera mas que por correspondencia, tendríamos que ceder á nuestra vez algunos derechos en su favor.”

Una época de calma se habia declarado entre los conspiradores. A pesar de haber ensayado de mil maneras diferentes toda clase de lenguajes, de adulaciones, de terrores y de promesas, no ganaban un palmo de terreno. Para impedir la eleccion de un pontífice que no fuese hostil á los Jesuitas, D' Aubeterre y Azpuru tomaron el partido de anunciar que iban á salir de Roma, á cuyo efecto hicieron que se les preparasen habitaciones en Frascati. El cardenal de Bernis, cuyos intereses lastimaba este proyecto, pues se habia reservado la plaza de su amigo el marques D' Aubeterre, suscribió al proyecto de retirada, pero bajo ciertas condiciones. “He recibido el billete de vuestra excelencia núm. 31, escribe á D' Aubeterre, en 29 de Abril, y aunque espero verla personalmente á medio dia, creo que debo darle parte de una reflexion que, por unanimidad, han adoptado mis camaradas. Hela aquí. En el caso en que los tres ministros se retirasen, ó mejor dicho, saliesen de Roma, creo que los cardenales de las naciones deben, despues de haber hecho la adoracion del nuevo papa en la capilla del Escrutinio y en San Pedro, segun costumbre, permanecer en Roma, al ménos hasta pasado lo que se llama la coronacion del papa. Las cortes no quieren un cisma, y solo intentan al dar esa señal marcada de desaprobacion, comprometer al pontífice á que ceda sobre ciertos negocios, guiado del deseo de ser reconocido por tres poderosas monarquías. Basta con que los minis-

tros políticos se alejen; pero no viene al caso cerrar la puerta á toda negociacion, impidiendo á los cardenales que cumplan con sus deberes cerca de un soberano pontífice desagradable á las cortes, pero canónicamente electo, y tanto mas cuanto que este mismo pontífice llegará á grangearse la aprobacion de estas mismas cortes, adoptando mejores maximas que su predecesor. Esta consideracion se hace todavia mas importante, por lo imprudente que seria que saliésemos del cónclave y de Roma despues del escrutinio que decidiese la eleccion, porque entónces abandonaríamos á nuestros enemigos los importantes destinos de secretario de Estado, de secretario de breves, de datario, &c., en términos que el papa, fortificado con sus consejos, podria hasta dar ocasion á un cisma, ó al ménos á una falta de reconocimiento, de donde resultarían millares de inconvenientes.....

“Nosotros seguiremos sabiamente el plan de conducta que vos habeis aprobado. Este aun tiene que ser muy largo; pero os prometo que no me he de impacientar. El cardenal Spínola me ha hecho hablar por su compatriota Pallavicini. Le he dicho, que teníamos buen concepto del mérito y de los talentos de Spínola; pero que no era culpa nuestra si este habia inspirado dudas sobre sus amistades y sobre su carácter, y que por último, que lo que yo deseaba era la completa desaparicion de esas dudas, desvanecidas con hechos claros y manifiestos, y no con vanas palabras.”

El cardenal Spínola no habia deseado el peligroso honor de la tiara; y á pesar de eso, se encuentra como de Rossi, objeto de sospechar en esta incalificable correspondencia; pero el proyecto formado por los embajadores de abandonar la capital del mundo cristiano, si llegase á tener un gefe digno de ella, y libremente elegido, continúa discutiéndose por D' Aubeterre, y el 30 de Abril anuncia á Bernis: “En la conversacion de ayer, he contestado al billete núm. 35, con que vuestra eminencia me ha honrado. Convengo con su parecer, que en el caso de que nos viésemos precisados á salir de Roma, seria muy conveniente que vuestras eminencias se quedasen, ya para estar á la mira de la provision de las plazas y destinos mas importantes, como por tener siempre la puerta abierta á la negociacion. Ahora voy á daros cuenta de lo que he hecho despues. Por de pronto he escrito á M. de Vosemberg la carta en que quedamos convenidos. Despues de comer, he visto á M. de Kaunitz. Le he informado de la conducta y de las intenciones de Pozzobonelli, y de la idea de los Albani de proponerle para el pontificado con el designio, si nosotros nos negamos á cooperar, de que se haga un mérito de esto para con sus magestades imperiales, de sembrar la frialdad entre éstas y las demas cortes de la casa de Borbon, y de alejarlas aun mas de nosotros para romper enteramente bajo la apariencia de un convenio. Kaunitz me ha entendido perfectamente, y prometido que daria de todo cuenta á su corte, y que ademias se lo escribiría á

M. de Voseberg para que informase mas detalladamente al emperador. Me ha asegurado lo que yo ya creia, y es que la emperatriz pensaba sobre Alejandro (Albani), así como el emperador, siendo absolutamente conformes los sentimientos del hijo y de la madre. Encuentra ademas muy fuera del caso que Pozzobonelli se hubiera atrevido á hablar lo contrario. Apostaria cualquier cosa á que hoy mismo ha recibido un billete sobre esto de M. de Kaunitz. Es preciso aguardar al presente el fruto que saldrá de lo que acabamos de sembrar; pero si la cuestion se reduce á Pozzobonelli, pienso que vuestras eminencias deben descartarse de él cuanto sea posible, hasta saber que sus magestades imperiales están informados de todo. Me alegro de que vuestra eminencia haya dormido bien."

El proyecto de los Borbones y de sus diplomáticos ya no era un misterio. El cardenal Orsini conoció la necesidad de poner á buen recaudo su conciencia. Era embajador del rey de Nápoles; pero á su edad de 34 años no quiso manchar todos los demas de su vida con un acto tan culpable. Prestó sus dos manos á la destruccion de los Jesuitas; sin embargo, repugnó lo que sus colegas exigian de él, y para fortificar á los cardenales franceses en su resolución, dirigió el billete siguiente á Bernis desde el mismo cónclave (1):

"Eminencia, el correo de España ha llegado, y he recibido una carta de Azpuru con la copia adjunta. Se la mando á vuestra eminencia para que reflexione sobre ella. Hoy, despues del escrutinio, hablaremos. Persisto en nuestras primeras convenciones. Vos sois arzobispo, yo sacerdote, y no podemos concurrir á hacer un papa simoníaco. No dudo que el eminentísimo cardenal de Luynes, arzobispo igualmente, esté del mismo parecer. Os mando adjunto ademas un billete del embajador para que vuestra eminencia le lea y le haga leer al cardenal de Luynes. El buque que trae á los cardenales españoles se hizo á la vela, desde Alicante, el 18 de Marzo."

El cónclave sufría estas influencias. Los cardenales se indignaban al verse juguets de una conspiracion que ni aun siquiera se tomaba el trabajo de ocultar sus esperanzas, y Bernis, el 1º de Mayo, anunciaba al marques D' Aubeterre: "Orsini nos ha dicho, que se habia puesto en su noticia que el cardenal Solis no tendria ningun escrúpulo de exigir del papa futuro una promesa por escrito de la destruccion de los Jesuitas. Esperamos que él nos hable de esto, y entónces le declararemos que, convencidos como él de la necesidad de extinguir esta Orden, pensamos de diferente manera en cuanto á los medios que deben emplearse para couseguirlo; que

(1) Véase el fac-simil de este billete, núm. 4.

Carta del Cardenal Orsini, escrita durante cónclave, al Cardenal de Bernis.

Eminenza

È giunto il Coniense di Spagnua, ed è ricevuto biglietto di Mons^r Azpuru, con copia unnessa, le accedo a V. E. accio se osseno: oggi dopo lo scrutinio, ne parleremo; Io persisto

vo
di Arc.

Eminenza

È giunto il Conviene di Spagnu, ed è ricevuto biglietto di Mons^r Azpuká, con copia unnessa, le accido a V. & accio se osseuo: oggi dopo lo, servitio, ne penitenemo; Io persisto nel Conviene Ella è Arc^{vo} io sono Prete, non possiamo convenire in un Papa Simoniacu, non dubito che l' Emo de Luynes Arc^{vo} del pari, penzi divensam^{te}: Acciudo anche un biglietto dell' Amb^{ne} V. & il legga, lo funa' leggere anche all' Emo de Luynes.

La nave co. Card^{ti} Spagnoli a' fare vela da Alicante il disg: Manzo, e sono su 4 mil: senore

D. C. Orsini.